

Juan M^a Ansa Munduate

La sierra de Aloña

Descubriendo los misterios de una legendaria montaña

EN la extremidad NO del cresterío de Aizkorri, y un tanto eclipsado por sus cumbres más relevantes, el minúsculo reino de Aloña parece independizarse gracias al collado de Biozkorna que los separa. Su vertiente N, formada por escalonados cortes rocosos cae súbitamente sobre las fértiles tierras de Oñati, mientras al S, verdes pastizales salpicados de majadas pastoriles ofrecen un aspecto más humanizado antes de precipitarse a las profundidades del río Arantzazu. Entre sus murallas, de apenas 6 km de longitud, las almenadas torres

de Akaitz y Buetraitz parecen destinadas a custodiar el espectacular paraje de Aitzarrate, pórtico natural que, a modo de puente levadizo, nos invita a penetrar en este castillo encantado. Es allí, en el interior de ese recinto mágico, donde caminaremos empujados por el indomable hechizo de descifrar sus pequeños secretos. Las andanzas de "Petrikillo", las antiguas minas de Katabera, los conjuros de Gaiztozulo, la cruz de Aloña, y la propia historia de nuestro venerado santuario de Arantzazu son parte de los imprevistos y sorprendentes misterios que guarda en sus entrañas esta legendaria montaña.

■ Vertiente septentrional de la sierra de Aloña vista desde Arratolagoin (738)



RECONOZCO que, pese a haber transitado en innumerables ocasiones por la carretera de Udana, jamás había reparado en su existencia hasta que un texto despertó mi curiosidad. La cruz está situada en una pronunciada curva a 500 m del alto en dirección a Oñati, y es quizá la propia tonalidad oscura de la roca la que la confunde con el entorno haciéndola imperceptible. Su presencia viene unida a un singular personaje, José Fco. Telleria, que ha pasado a la Historia con la triste vitola de no haber podido curar la herida que ocasionó la muerte de Zumalakarregi, tras el asedio de Bilbo en el año 1835.

En realidad perteneció a la dinastía de los "Petrikillo", apelativo que por extensión se ha generalizado a todos los curanderos dedicados a tratar luxaciones y fracturas óseas. Nacido en Zerain allá por el año 1774, se ganó la confianza del futuro general carlista durante la Guerra de la Independencia en la que rehabilitó a numerosos pacientes.

Según el dicho popular, la envidia de los médicos provocó que fuera llamado a Madrid durante el reinado de Fernando VII con el fin de evaluar sus conocimientos. El ejercicio consistía en ordenar adecuadamente los huesos de un esqueleto.

Nuestro personaje, tras observar las diferentes piezas, contestó que no podría hacerlo mientras no le diesen un huesecillo que faltaba, la falangina del meñique de una mano. Tan certera observación bastó para que obtuviese una

autorización que le permitiera seguir practicando su particular medicina.

En adelante, montado sobre una mula, se dedicó de por vida a recorrer algunos pueblos de la provincia pasando consulta en días fijos. Contaba ya con 67 años cuando su cuerpo inerte, custodiado por la inseparable acémila, fue hallado cerca del alto de Udana. Una cruz recuerda el lugar del suceso con la siguiente inscripción: "Aquí murió D. José Francisco Telleria, alias Petrequillo, el 11 de agosto de 1842".



UDANA Al encuentro de la ruta minera

Sobre los 514 m de altitud, a caballo entre la ruta que separa las villas de Oñati y Legazpi, el alto de Udana, otrora llamado de Inuntziaga, está situado en la divisoria de dos importantes ríos gipuzkoanos: el Deba y el Urola. Antes de dirigir nuestros pasos hacia la sierra, y si ya hemos localizado la cruz de "Petrikillo", no estará de más girar una corta visita a los restos de las instalaciones mineras que a finales del S. XIX fueron construidas en este lugar. Dos hornos de calcinación, la masera, los puentes y la tolva de descarga situados en diferentes terrazas son muestra de la parte restaurada en esta última década por el grupo Lenbur. Su historia va estrechamente unida al recinto de Katabera, por lo que será analizada más adelante.

Situados frente a la antigua venta, en el punto más elevado de la carretera, encontraremos el inicio de nuestra ruta, señalada con las marcas rojas y blancas correspondientes a la travesía Donostia-Arantzazu (G.R.34). Nuestros primeros pasos en dirección a la serranía discurren por el trazado de una pista forestal que nos introduce en el pinar. La misma va ganando altura paulatinamente y, tras dejar a la izquierda el emplazamiento de un manantial, desemboca en el collado de Arratola (656). Este punto, convertido en una verdadera encrucijada de caminos, recibe también el carreril procedente de Brinkola a través del embalse de Barrendiolla. En adelante la ruta se eleva hacia el S. superando los parajes de Frantxikorta y Trikutxeta (729) para descender ligeramente al rellano de Kortazabal (Ollariaga) (710), donde dos bordas semide-ruidas parecen recordarnos su utilización en otros tiempos por gentes dedicadas al pastoreo. El lugar, silencioso y placentero, constituye un último paréntesis antes de encaramarnos por los duros contrafuertes que remontan la sierra.

Vencidos los titubeos iniciales nos lanzaremos, salvando el apreciable desnivel existente, al encuentro de la majada de Jabondo (900), cuyas bordas, ubicadas en plena ladera se asientan en el exiguo espacio disponible. La cercana fuente, decorada por una menuda

*"Desde Jabondo,
la ruta minera
muestra todo su
esplendor"*



Izquierda y derecha.

■ La antigua venta de Udana (514), situada en el punto más elevado de la carretera entre Legazpi y Oñati, es el lugar de partida para acometer nuestra travesía.

■ Las bordas de Jabondo, ubicadas en plena ladera de Aloña, ofrecen con su fuente un inmejorable descanso durante la ascensión.



escultura, nos brinda sus frescas aguas concediéndonos un leve respiro.

Desde este punto la ruta minera va mostrándose en todo su esplendor. Bien trazada, y dotada de una inusual amplitud, trepa laboriosamente entre las inclinadas laderas y, tras describir un marcado giro, se aproxima hacia el abandonado recinto de lo

que antaño fuera el singular coto minero de Katabera (1050). Olvidándonos por un momento de cumbres y horarios, bien merece la pena el visitar sus derruidas instalaciones, mientras nuestra imaginación, veloz y un tanto alejada de la realidad, trata de sumergirnos en un ambiente que hace ya casi cien años dejó de existir.





Arriba y abajo.

- Los hornos de Udana, otrora abandonados, han sido restaurados recientemente por el grupo Lenbur.
- Antigua imagen de principios del s.XX que muestra a los trabajadores del coto minero Udana-Katabera junto al ingeniero alemán Friedrich Bähr.

LOS orígenes de la explotación de Katabera se pierden en las profundas galerías de la propia Historia, la cual daba por buena la propiedad del "Tomo y deajo". Según esta costumbre bastaba con que un vecino descubriera una mina y realizara alguna extracción durante un día al año, para que fuera considerada como suya. Será a partir de la segunda mitad del S. XIX cuando la Real Compañía Asturiana de Minas, al amparo de una nueva legislación, comenzará a desarrollar su actividad para la explotación de plomo y zinc, registrándola en el año 1872. Tras la última Guerra Carlista, en las décadas de los años 80 y 90, fueron realizándose las principales obras de infraestructura dirigidas por el ingeniero alemán Friedrich Bähr (1)

Entre ellas cabe destacar como mayor logro el cable aéreo de 3100 m que desde Katabera llegaba hasta Udana, evitando de este modo el descenso del mineral en carros tirados por bueyes. También se realizaron en el alto de Udana dos hornos, destinados a la calcinación de la calamina para extraer el zinc. Este era conducido a las estaciones de Zumarraga o Brinkola, siendo transportado por ferrocarril hasta Pasaia. Aún restaba un último viaje marítimo al encuentro de la factoría asturiana de Avilés, final del trayecto.

Hacia 1920 las principales galerías como Katabera II e Iva, pese a sus 6 niveles y casi 5 km de desarrollo, parecieron agotarse, por lo que la compañía, abandonando el interior, encaminó sus esfuerzos a la construcción de lavaderos aprovechando el beneficio de la escombrera, donde todavía quedaban cantidades de mineral otrora desestimadas. Esta reorientación obligó a establecer una línea de alta tensión para el transporte de energía eléctrica

desde la fábrica de Patricio Echeverría. El cambio no debió ser muy fructífero, ya que años más tarde, a finales de 1935, la Compañía Asturiana renunció voluntariamente a la explotación cesando definitivamente toda actividad minera en el lugar.

Dicen que en su máximo apogeo el coto de Katabera-Udana llegó a ocupar a una cuarentena de personas que trabajaban en jornadas de 10 horas turnándose día y noche. Su sueldo a principios de siglo rondaba las 3 pts diarias y las condiciones de trabajo debían ser bastante precarias según nos recuerda una petición realizada en 1874. La misma afirmaba que "tengo los chicos descalzos y que me hiciera el favor de mandar diez pares de alpargatas". Pese a la rigurosa climatología del lugar las tareas se desarrollaban durante casi todo el año, deteniéndose únicamente en época de fuertes nevadas y durante las Navidades, fecha esta en la que los trabajadores eran obsequiados con una camisa como aguinaldo complementario. Dado que permanecían durante toda la semana en la montaña, su único asueto consistía en visitar la modesta cantina que el pastor "Martín Pipas" había improvisado en las bordas de Harriurdin.

Hoy en día, el caminante que se acerque a Katabera, podrá todavía encontrar los restos de lavaderos y sus cuatro terrazas, así como los machones del cable aéreo. Por contra, resulta prohibitivo y sumamente peligroso el penetrar en las galerías, dados los sucesivos derrumbes acaecidos desde su abandono.

(1) Uno de sus hijos, Gerhard Bähr (1900-1945), llegó a ser un eminente poliglota conociendo hasta 15 idiomas. Entre ellos por supuesto se encontraba el Euskera, lengua a la cual dedicó numerosos estudios y tesis que le sirvieron para ser nombrado miembro de Euskaltzaindia. Precisamente el pasado año 2000, Legazpi, su pueblo natal, celebró numerosos actos culturales festejando el centenario de su nacimiento.



■ AMABIRJIÑAREN SILLEA Una leyenda en el paso de Biozkorna

Abandonando el singular emplazamiento de Katabera salvaremos varios zig-zags que buscan, tras doblar un recodo, situarnos en la zona alta de la serranía. A un lado, presidiendo el pastizal de Nardegiko Baratza, se adivinan todavía los restos de su borda, edificio destinado antiguamente para barracón de los mineros. El amplio camino, trazando una marcada diagonal, alcanza el espacioso collado de Biozkorna (1199), límite natural de las sierras de Aloña y Aizkorri y paso estratégico de gran sabor montaño. A buen seguro que dejará su impronta en el recuerdo del caminante que lo alcance por primera vez. Cubierto por la niebla, azotado por los vientos o simplemente adornado por el sol del atardecer, procura mostrar sutilmente sus encantos. La diminuta laguna que se resiste a desaparecer entre el entorno calizo, el misterioso alineamiento de piedras que lo atraviesa en dirección NE-SO o la fama de ser un lugar proclive al extravío, le han conferido desde siempre un carácter enigmático y solitario. Además, su extremo septentrional se perfila como una atalaya privilegiada desde la que podremos divisar la mayoría de las tierras que conforman nuestra provincia guipuzcoana. Es ahí, justo donde se inicia la vieja ruta que por la majada de Harriurdin descende hacia Zegama, donde encontraremos una curiosa piedra que ha dado lugar a una de las leyendas más originales de la sierra. El bloque calizo en cuestión es conocido como Amabirjiñaren Sillea, pues su forma parece invitar al reposo. Según la tradición, la Virgen acostumbraba a dar grandes paseos por estas montañas. En una de sus caminatas, viniendo con su hijo desde Aralar, decidió tomar asiento en la roca, aprovechando el momento para bendecir los pueblos y valles que desde allí se contemplan. Hoy, todavía, el peregrino que alcanza este paraje, tiene por costumbre el acomodarse sobre la silla mientras reza una Salve a la Santísima Virgen de Arantzazu. Si, si..., ya lo sé..., es posible que nada de esto sea cierto, pero... hay prácticas que debieran transmitirse de generación en generación, pues forman parte del acervo cultural que refleja el sentir de nuestros antepasados, y son, por qué no decirlo, esos puentes mágicos que a veces, casi de manera fugaz, parecen transportarnos hasta lo más profundo de nuestras raíces.

Recorriendo las cumbres de Aloña

Si bien para el caminante tranquilo existe la posibilidad de descender directamente desde el collado de Biozkorna hasta Arantzazu, (ver en el mapa su trazado) los amantes de emociones más fuertes podrán alcanzar todas las cimas de Aloña recorriendo sin grandes dificultades su perfilada crestería. Así pues, dando la espalda a la rocosa elevación de Artzanburu, comenzaremos a ganar altura en dirección NO al encuentro de la loma de Harriurdin, primera cumbre del cordal. Las suaves pendientes herbosas que la conforman ofrecen un cómodo acceso hasta la propia cima, coronada por un mojón rocoso de considerables proporciones (1273). En adelante, la apacible brisa de las alturas será nuestra fiel compañera. Un corto descenso nos permite de nuevo caminar sobre el pastizal mientras la inconfundible silueta de Akaitz comienza a adivinarse

Debajo y más abajo.

- El refugio de Eskista, bajo la cumbre de Harriurdin, es paso obligado para quienes descienden directamente desde Biozkorna a Arantzazu. (Variante 1)
- El peculiar bloque calizo conocido como Amabirjiñaren sillea ha dado lugar a una curiosa leyenda.



cercana. Si deseamos coronarla es preciso superar primeramente la modesta cota de Herrikoaitza (Urrabiatza) (1267), para encaramarse después entre los bloques calizos que componen esta esbelta y puntiaguda cima (1315). Junto a las amplias vistas que puede ofrecernos, resulta curioso comprobar el contraste entre los escalonados cortes de su pared N y las apacibles majadas de Duru y Malla buscando acomodo en la vertiente opuesta. Mientras descansamos, nuestra vista no dejará de cortejar a la gemela cumbre de Buetraitz, igualmente afilada y de características muy similares.



Para llegar hasta ella es preciso descender al collado de Aitzarrate (Aitzesarte) (1213), pórtico natural y acusada brecha desde la que comenzaremos a trepar entre el descompuesto roquedo. En la parte superior, sobre la elevada cresta, no tardaremos en recibir la visita de varios buitres, reyes del entorno que, con su majestuosa lentitud, se obstinan en sobrevolar protegiendo sus dominios. La presencia de esta rapaz parece estar unida a la propia denominación de la montaña, Buetraitz, Botreatz o Putreatz, aunque es posible que el topónimo exacto tenga origen en un saliente rocoso (1305) que a modo de proa se adivina en la pared N. Sin dificultades alcanzaremos la cima, cuyos 1325 m le hacen acreedora al título honorífico de ser el punto culminante de la sierra de Aloña.

Arriba y derecha.

■ Tras el mar de nubes que cubre el valle de Oñati podemos divisar las cumbres de Anbotu y Udalaiz.

■ La mole de Botreatz (1325), rey de la sierra. A la dcha. junto a la cumbre, podemos observar el pitón rocoso (1305) que parece dar nombre a la montaña.



Sentados sobre esta inmejorable atalaya podremos observar uno de los fenómenos geológicos más curiosos de nuestra montaña. Justo en el límite donde la roca da paso al pastizal localizaremos varios sumideros naturales que responden a la tipología del paisaje kárstico. Resulta difícil concebir que la roca que pisamos fuera conformándose en el fondo marino gracias a un proceso de sedimentación hace unos 120 millones de años (Cretácico-Era Secundaria). Pero la fe en la ciencia roza la ficción cuando aceptamos que aproximadamente 45 millones de años atrás (Eoceno-Era Terciaria), la colisión y posterior soldadura de las placas continentales Ibérica y Europea provocaron el progresivo levantamiento de la cadena pirenaica y que nuestras montañas vascas emergieran del mar hasta alcanzar los 1500 m de altura. El

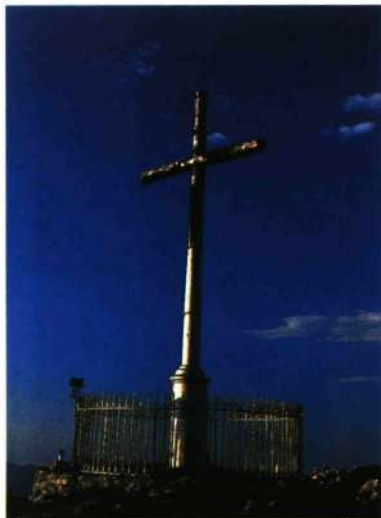
resto resulta más sencillo de entender. El agua de la lluvia y las nieves ha ido infiltrándose entre las rocas disolviéndolas y dando lugar a estas dolinas en forma de cubeta o embudo. Los ejemplos más cercanos los tenemos a la vista en las simas de Buetraitz I y II, cuyos desniveles alcanzan los 32 y 25 m de profundidad respectivamente.

“Resulta casi pura ficción el constatar que la roca que pisamos fue conformándose en el fondo marino hace unos 120 millones de años”

Derecha y más a la derecha.

■ La popular y centenaria cruz de Aloña se alza sobre el extremo occidental de Gorgomendi (1248).

■ Sugestiva silueta de Akaitz (1315) vista desde las proximidades de Duru.



Olvidándonos del apasionante mundo de la Geología volveremos a nuestro recorrido por el cresterío, que desde Buetraitz comienza a estrecharse descendiendo ligeramente. Pero nuestra mente, un tanto inquieta, nos empuja a asomarnos a la escarpada pared N escrutando sus rincones. Según la leyenda, en algún lugar del pronunciado contrafuerte debe situarse la sima de Gaizto-Zulo, mansión temporal de la Dama de Anboto, que en sus habituales correrías suele trasladarse acompañada de relámpagos y pedrisco. No es de extrañar pues que Mari, conocida en los alrededores como Anbotoko Señoría, goce de mala prensa en todo el valle de Oñati. Pese a nuestro interés por localizar esta misteriosa cavidad no conseguiremos dar con su emplazamiento, ya que la misma se torna tan invisible como su ocasional ocupante. Pero sabemos que existe, que está ahí, y que algún día iremos a su encuentro.

La siguiente cota, señalada en el buzón con el nombre de Kurtzezar (1295), recuerda probablemente a la vieja cruz de madera erigida en un lugar de la sierra muy próximo a la actual cruz de Aloña, por lo que el topónimo parece haber alcanzado por extensión a esta cumbre secundaria. Casi sin solución de continuidad abandonaremos las últimas afloraciones rocosas para situarnos sobre la planicie de Gorgomendi, en cuyo extremo occidental (1248) se alza airosa la popular cruz de Aloña. Ésta se halla emplazada en una incomparable atalaya desde la que se domina, casi a vista de pájaro, la totalidad del valle de Oñati. Sirva de referencia el señalar que, en línea recta, la distancia entre la cima y la villa es de unos 4 km aproximadamente, separándose 1000 m de desnivel.

La Cruz de Aloña: Una imagen centenaria

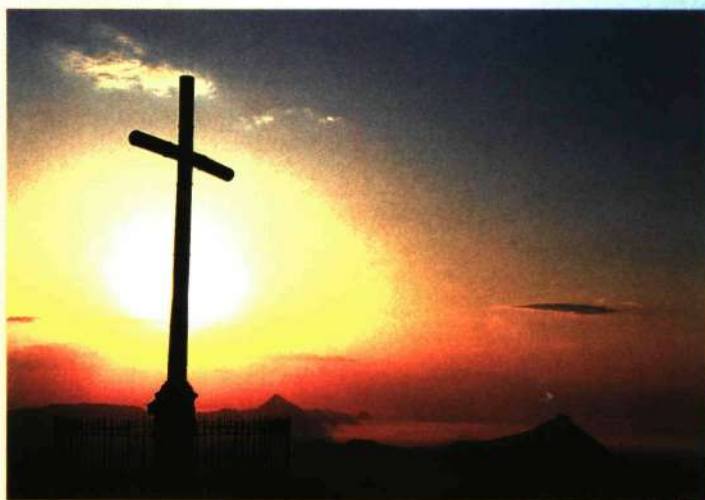
MUCHAS de las cruces que coronan los puntos más visibles de nuestras montañas (Gorbeia, Aloña, Korosti...) tienen como denominador común el haber sido erigidas por recomendación expresa del Santo Padre León XIII. Conmemorando la entrada del S. XX, su propósito era el de manifestar de manera simbólica el espíritu de la fe que unía al mundo de la cristiandad. Así debían entablar de cumbre a cumbre un mudo pero expresivo diálogo, reflejando el sentir más hondo del pueblo que a sus pies habitaba.

La historia de la cruz de Aloña podemos reconstruirla gracias al diario escrito entre los años 1873 y 1918 por el párroco de Oñati, D. Ladislao Sagastizabal. Tras señalarnos que anteriormente existió otra cruz de madera en un lugar cercano, afirma que la nueva fue construida en hierro forjado por la empresa de Arrasate "Vergarajauregui, Resusta y Cia", matriz de la futura "Unión Cerrajera, S.A."

El domingo 13 de octubre de 1901 tuvo lugar la solemne inauguración de la cruz, que había sido transportada a la cima días antes, contando con la inestimable ayuda de varias parejas de bueyes. Aquel día, el toque de campana sonó en Oñati a las cuatro y media para que los feligreses pudieran oír misa a las cinco. Finalizada la misma, todavía de noche, un nutrido grupo de caminantes se puso en marcha para emprender la subida hasta la cumbre de Gorgomendi, paraje al que pudieron arribar dadas las ocho y media. Reunidos los presentes, el párroco procedió a bendecir la cruz, celebrándose a continuación el Santo Oficio sobre las nueve de la mañana. El acto, entrañable y no exento de cierta emoción, debió resultar multitudinario, ya que se calcula que sobre la campá cimera se dieron cita unas 1500 personas.

El recuerdo de aquel acontecimiento caló de tal manera entre los asistentes que, el 21 de setiembre

del año siguiente, unos 2000 devotos volvieron a Aloña para disfrutar de una jornada festiva. Como novedad, se dotó a la cruz de un enrejado circular que, además de cumplir su función decorativa, ha servido para protegerla de posibles contingencias. Sucesivamente, con el paso del tiempo, se fueron celebrando el 25 aniversario, así como las bodas de oro, fecha en la que se arregló la ya deteriorada cruz, colocándole además un pequeño pararrayos. Por último, no podemos olvidar que este año supone el inicio de un nuevo siglo y, por lo tanto, la cruz de Aloña cumplirá su primer centenario. Probablemente ya se esté pensando en celebrar alguna romería que conmemore tal efemérides, no dudando que contará con una masiva asistencia, pues, además de pasar una jornada inolvidable, nos permitirá mantener viva la tradición.



La sierra de Aloña

Por la majada de Duru hasta Arantzazu

Llevamos un buen rato en la cumbre y es hora de iniciar el descenso hacia Arantzazu. Pegados al murete de piedras que recorre la cresta perderemos altura rápidamente hasta dar con la marcada curva de una pista de cemento (1175). En realidad sirve para llegar hasta la cima de Gorgomendi, en cuyas inmediaciones se ha instalado un poste emisor. Nosotros la tomaremos en dirección a la fuente de Aldatxo (1110) recorriendo en diagonal gran parte de la montaña. Superado su emplazamiento, un cruce de pistas (1000) nos muestra, a la derecha, la ruta que por los caseríos de Gomistegi enlaza con la carretera de Oñati-Arantzazu.

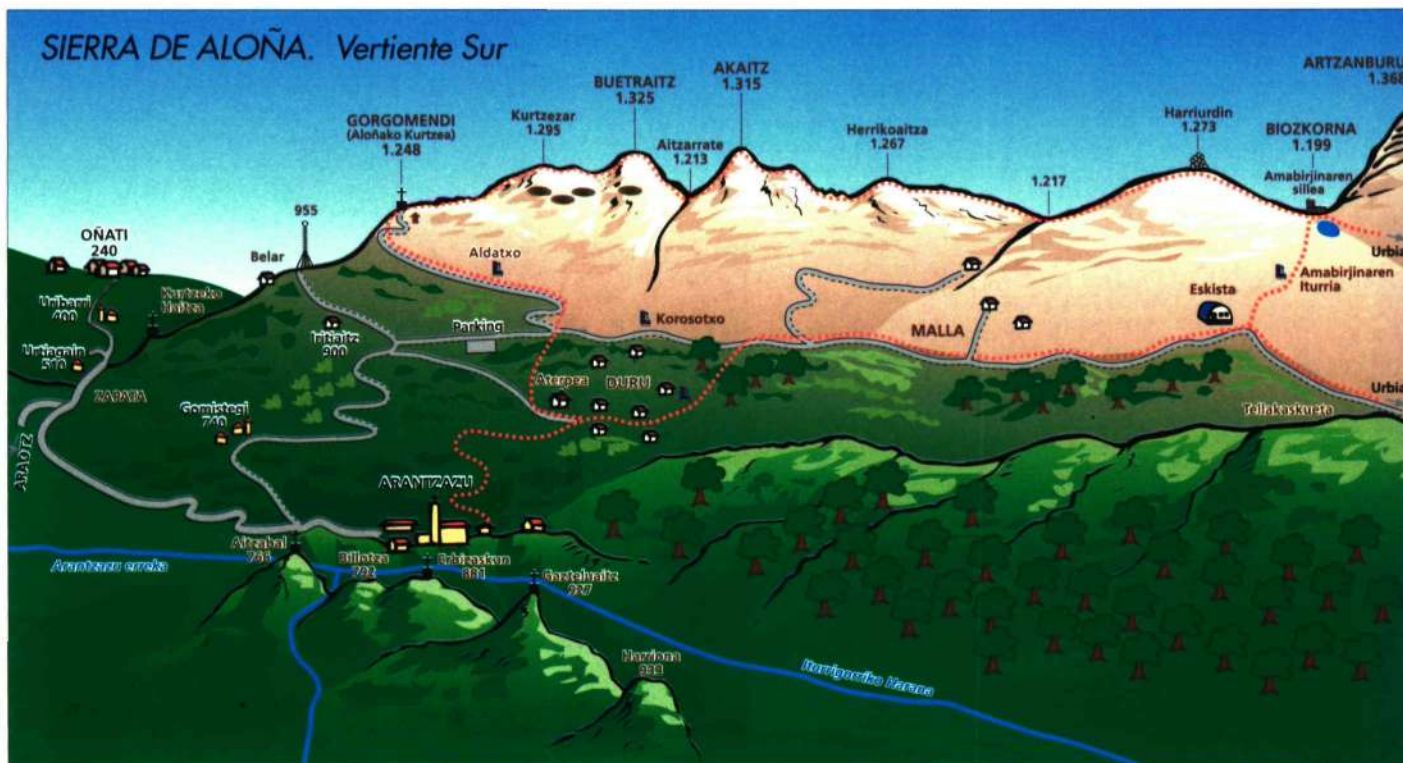
Haciendo caso omiso de la misma, resulta imprescindible visitar la majada de Duru, sin duda el rincón más bello que guarda todavía la sierra. Atraídos por su belleza caminaremos entre pastizales y hayedos, tratando de saborear en toda su plenitud la magia y el encanto que envuelven este lugar. Tras el frío y solitario invierno, sus bordas recobran vida con la llegada de la primavera, cuando apriscos y rediles van ocupándose de ovejas que cada año hacen posible ese pequeño milagro de la trashumancia. Es la cultura del pastoreo, último reducto de una milenaria costumbre que, ante el precio de la modernidad, parece languidecer lentamente.

Junto a un refugio privado localizaremos la vieja calzada que habrá de conducirnos sin dilación hasta el Santuario de Arantzazu. La travesía toca a su fin al dar con las encaladas paredes de un oratorio conocido como Kurtzipizoioko ermita. Probablemente erigido en el S. XVII pasa por ser el edificio más antiguo que se



conserva en el entorno. Según la leyenda, los gentiles, encaramados sobre el vecino peñascal de Aitzabal, jugaban en otros tiempos a la raya (Arraara), procurando depositar sus pedruscos lo más cerca posible de una línea trazada junto a la ermita.

Las torres de la basilica proyectan su sombra al atardecer, cuando un sonoro revoloteo de campanas se complace en dar la bienvenida a los devotos caminantes. Su tañido, intemporal, lejos de recordarnos la hora presente, supone una invitación al misterio. El eco va difuminándose entre la angostura de los valles próximos, siendo empujado entonces hacia los rincones más solitarios de Aizkorri y Aloña. Allí, en las alturas, envueltas por el viento de la libertad, es donde permanecen intactas numerosas histo-



HORARIO

Udana	0'
Arratola	25'
Kortazabal	35'
Jabondo	1h 00'
Katabera	1h 20'
Biozkorna	1h 45'
Harriurdin	2h 00'
Herrikoaitza	2h 25'
Akaitz	2h 40'
Botreaitz	3h 15'
Gorgomendi	3h 45'
Duru	4h 15'
Arantzazu	4h 30'-5h



FOTOS DEL AUTOR

Izquierda y derecha.

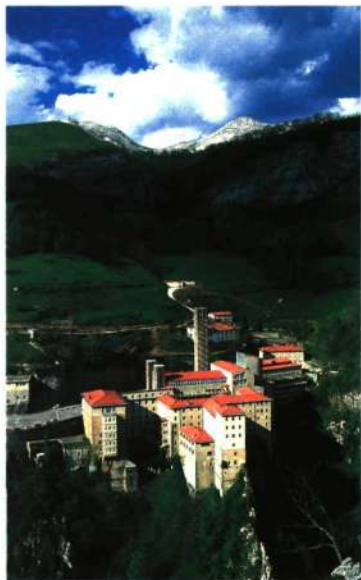
- Duru nos muestra sus atractivos rincones llenos de encanto.
- Bajo las cumbres de la majada de Duru, uno de los lugares más bellos de la sierra.

"Sobre las torres de la basílica, el tañido intemporal de las campanas supone una invitación al misterio"

rias y leyendas como fiel reflejo del sentir de nuestros antepasados. Estos mitos ni son reales, ni dejan de serlo. Están ahí, existen, y seguirán existiendo precisamente en la medida en que nosotros lo deseemos. Son las personas las que a través de vivencias y emociones los hemos ido creando. Absortos como estamos en materializar grandes proyectos, no disponemos de tiempo para dedicarlo a esos insignificantes detalles. Pero, creados por una imaginación cada vez más condenada al olvido, son capaces de enriquecer con pequeños sueños un presente que sólo parece entender de realidades y eficacia. Quién sabe si no estriba ahí el gran valor de las cosas pequeñas.

Arantzazu: Símbolo de fe y tradición

CUENTA Garibay en su "Compendio Histórico" que, hacia el año 1469, un joven pastor se sintió intrigado por el peculiar sonido de un cencerro mientras cuidaba sus cabras en las laderas de Aloña. Rodrigo de Baltzategi, que así se llamaba el zagal, descendió de la montaña guiado por el extraño eco hasta localizar, entre el espino, una imagen de la Virgen con el niño en brazos. Ante aquella extraña visión sólo pudo arrodillarse y exclamar admirado: "Arantzan zu!" (¡tú en el espino!).



Anunciada la buena nueva de su aparición, pronto se decidió edificar en el lugar una ermita que albergara aquella figura tosca de traza gótica. Las sucesivas reconstrucciones que siguieron a los incendios de los años 1553, 1622 y 1834 no fueron sino una muestra más del firme deseo de mantener latente la fe mariana. La apertura de una carretera en 1880 y el reconocimiento de la Virgen como patrona de Gipuzkoa en el año 1918, hicieron que aumentara el número de peregrinaciones, extendiéndose su devoción por todos los

rincones de Euzkalerria. El último templo, construido tras los sucesos de la 1ª Guerra Carlista, se tornó insuficiente para recibir a tantos visitantes, por lo que el 9 de setiembre de 1950 se colocó la primera piedra destinada a la nueva basílica. Los arquitectos, Fco. Javier Sáenz de Oiza y Luis Laorga, utilizaron la madera y, sobre todo, la piedra caliza como materiales básicos que fueran acordes con el paisaje del entorno. Los caracteres de robustez y sencillez deberían representar la propia idiosincrasia del pueblo vasco, mientras las tres torres se elevarían hacia el cielo, erizadas en forma de puntas de diamante, buscando probablemente su inspiración en las púas del espino. Para la decoración del conjunto contaron con la inestimable ayuda de artistas, en su mayoría vanguardistas, como Chillida, Oteiza, Alvarez de Eulate, Basterrechea, Pascual de Lara y Lucio Muñoz.

La basílica, debido a las múltiples discusiones suscitadas, quedó inaugurada en 1953, careciendo todavía de diversos motivos ornamentales. Durante algún tiempo, prohibiciones, murales encalados y esculturas abandonadas al pie del templo fueron muestras inequívocas de la incompreensión hacia el nuevo arte. Sólo en 1984 consiguió ver su sueño hecho realidad Néstor Basterrechea, al dar por concluida la decoración de la cripta. Años antes, en 1968, Jorge Oteiza había reanudado sus trabajos, colocando en el frente de la fachada unas controvertidas esculturas. Envueltas en formas modernas la Piedad y los 14 Apóstoles parecen vaciarse como reducción a lo esencial y primitivo, fiel a su línea de "mirar hacia adelante caminando hacia atrás". El propio autor, al conocer su designación para realizar la obra, afirmó:

"quisiera acertar a conciliar las exigencias formales a las que por vocación experimental pertenezco con las propiedades de la estatuaría medieval a las que pertenece el sentimiento religioso de mi pueblo".

Gaiztozulo: La sima de los Conjuros. Morada de la Dama de Anboto

D ICEN que en ocasiones, surcando el immaculado cielo que separa las montañas de Anboto y Aloña, un resplandor luminoso rompe el silencio nocturno con estrépito. Los más ancianos saben entonces que se trata de Mari, la hija del diablo, que envuelta en una bola de fuego se dirige a otra de sus inaccesibles moradas. Su presencia en la sima de Gaiztozulo es presagio de 9 días de mal tiempo, en los que la pertinaz visita del pedrisco hará temer por las cosechas en el vecino lugar de Uribarri, extendiéndose después a todo el valle de Oñati. Las malas artes de esta legendaria dama, conocida en el entorno como Anbotoko Señoría, se hacen presentes afectando a los propios lugareños, tal y como nos lo cuenta esta vieja leyenda:

"Llegada la primavera, era habitual que los pastores entregaran un cordero a la Virgen de Arantzazu, favor al que los frailes correspondían invitándoles a comer. En cierta ocasión, un pastor que se disponía a cumplir su promesa con el cordero al hombro, se vio sorprendido por nuestro genio, quien, apoderándose del animal, huyó a refugiarse en la sima de Gaiztozulo. Entre sollozos, el desdichado pastor contó a los frailes su lamentable infortunio, aunque éstos, incrédulos en un principio, le recriminaron su conducta afirmando que lo que pretendía era participar en el banquete sin donar la correspondiente ofrenda. Pero fue tal la insistencia del pastor que, finalmente, provistos de una cuerda, decidieron acercarse hasta la sima y descolgar al clérigo más joven. Este, vestido con roquete y estola, portaba un hisopo con el cual fue lanzando agua bendecida por todos los rincones de la cueva. Pronto, Mari, en forma de ráfaga de viento, abandonó la oquedad, mientras el fraile, entre sorprendido y satisfecho, solicitaba ser izado. Su figura, con el cordero bajo el brazo, fue emergiendo ante la atónita mirada de los presentes, quienes terminaron por dar la razón al cuestionado pastor."

Leyendas al margen, la existencia de esta morada era puesta en duda por prestigiosos investigadores de nuestro país como J.M. de Barandiaran, pues muchos hablaban de ella pero nadie era capaz de señalar su emplazamiento exacto. Es probable que así hubiera permanecido durante largo tiempo, dormida en el silencio de los siglos, perviviendo únicamente en la ávida imaginación de los pastores. Pero en mayo de 1983, varios miembros del grupo espeleológico A.M.E.T. de Oñati tuvieron la fortuna de descubrir la entrada de esta misteriosa cavidad. La leyenda había despertado de su profundo letargo convirtiéndose en realidad.

En un lugar de difícil acceso localizaron la sima de Gaiztozulo, cuya entrada se inicia con una caída vertical de 4 m. Salvada esta primera dificultad, es preciso caminar en ligero descenso entre

la penumbra para volver a elevarse hasta su oscuro final. El desarrollo total de la cavidad apenas supera los 25 m de longitud ofreciendo un desnivel aproximado de 10 m.

Si bien desde el punto de vista espeleológico apenas resulta atrayente, no podemos decir lo mismo desde una perspectiva etnológica, ya que ofrece ciertos detalles de indudable interés. En la misma boca de acceso (ver F1 en el dibujo), una vieja cruz de hierro forjado parece proteger la entrada de la gruta. No podemos olvidar que la cruz ha sido en nuestra mitología el símbolo más eficaz para ahuyentar los malos espíritus. Además, sus descubridores, una vez en el interior del cubil, encontraron tendida otra cruz de similares características (F2). La misma parece más antigua y se encuentra bastante deteriorada, por lo que fue recogida, manteniéndose en la actualidad a buen recaudo. Para mayor asombro, pintada en la pared derecha, a la altura de los ojos, localizaron una tercera cruz de siete brazos (F3). Su interpretación resulta muy dudosa, aunque afirman que puede tener cierta similitud con una custodia.

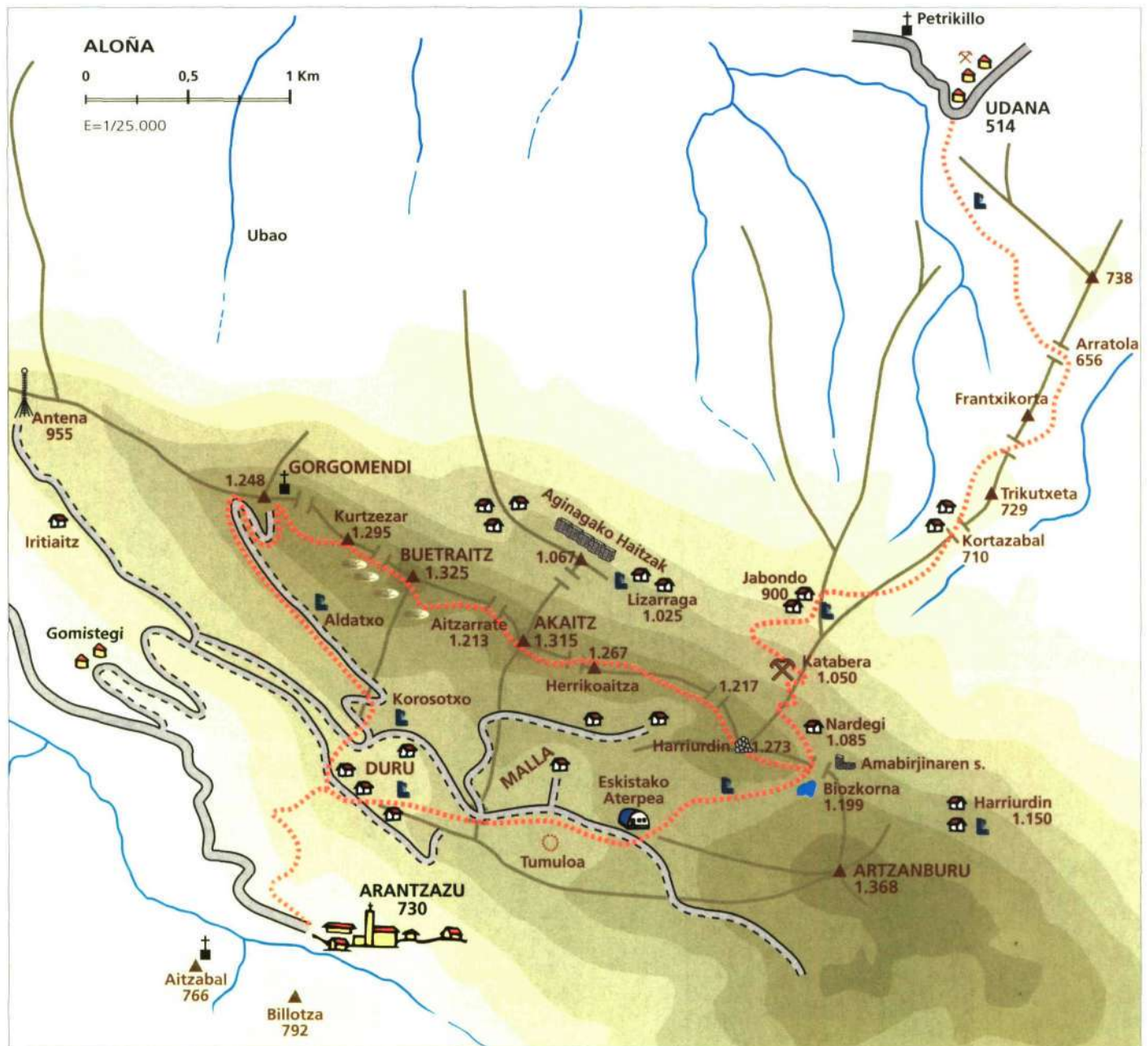
Si bien queda clara la función protectora de este entramado de cruces, nos asalta la duda a la hora de interpretar otro tipo de interrogantes. ¿Quiénes fueron los encargados de colocar estos signos en un emplazamiento casi inaccesible? Y, sobre todo, ¿En qué época se dieron este tipo de prácticas?. La falta de datos fehacientes sólo nos permite, basándonos en la tradición oral, aventurar ciertas hipótesis de escaso rigor histórico. Las diversas fuentes consultadas ofrecen noticias contradictorias, pues tanto afirman que eran los frailes de Arantzazu los encargados de conjurar la sima de Gaiztozulo, como que el visitar su emplazamiento era quehacer más propio de la parroquia de Oñati. Poco podemos aclarar al respecto.

En cuanto a las épocas en las que estas prácticas pudieron tener lugar se abre un amplio abanico en el tiempo, pues pudieron darse entre principios del S XVII y finales del XIX. Algunos autores nos recuerdan que fue durante el reinado de Felipe III el Piadoso (1598-1621) cuando los inquisidores lucharon con más firmeza contra la brujería, y que precisamente la Virgen de Arantzazu era invocada como protectora ante su incesante propagación.

De todas maneras, no podemos olvidar que las visitas a la sima de Gaiztozulo debieron ser muy poco frecuentes. Su difícil acceso limitaba ya, de manera natural, el empuje de las personas que osaban acercarse hasta ella (2).



(2) Observará el lector que voluntariamente hemos querido omitir el emplazamiento exacto de la sima, pues, como prometimos a quienes nos hablaron por primera vez de este lugar, no deseamos profanar la morada de Mari, y menos aún lanzar alegremente a multitud de personas en busca de un lugar que, ofreciendo peligrosos objetivos, requiere ciertos conocimientos de escalada. □



Libros

- "Mendiak" T. II. Pg. 181-219. Ed. Etor
- "Aizkorri". L. P. Peña Santiago. Ed. Elkar
- "Montañas Guipuzcoanas". L. Peña Basurto. Pg 132-141
- "Montañas de Gipuzkoa". I. Goikoetxea. Pg. 62-65
- "Guipúzcoa: Excursiones y paseos". I y II. (It. 4 y 23) L.P. Peña S. y J. Elozegi
- "Goierri Mendiz-mendi". It. 21. Pg. 89-91
- "Paseos por Legazpi". A. Burcio
- "La medicina popular en el País Vasco". I. MTM Barriola. Ed. E.V. 1979
- "Por la ruta de la trashumancia de SS a Aránzazu" F.G.M. Ed. Txertoa
- "Bodas de oro de la cruz de Aloña". Iñaki Zumalde. Rev. Aránzazu 1951

- "Guía Montañera" Cumbres del País Vasco. Sabino Apraiz. Pg. 51-56
- "Estudio H^o patrimonial del coto minero Katabera-Udana". B. Herreras y J. Zaldúa
- "Gaizto-zulo, Anbotoko señoriaren bizilekua". Eusko-Folklore 1984. Luxio Ugarte

Mapas

- "Sierra de Aizkorri" 1/ 25.000. Gobierno Vasco
- "Aizkorri" 1/ 25.000. Aranzadi. I. Goikoetxea. 1984
- "Aizkorri" 1/ 25.000. I. Goikoetxea. 1988
- "Aizkorri" 1/ 30.000. Aranzadi. I. Goikoetxea. 1995
- "N^o 113 (3 y 4)" 1/ 5.000. Diputación Foral de Gipuzkoa
- "Legazpi" 1/ 20.000. Jose Luis Ugarte Garrido (sin publicar)